



Círculo Rojo

# Al límite de los sueños

Nat Gray



Círculo Rojo  
EDITORIAL

Primera edición: junio 2023

Depósito legal: AL 1290-2023

ISBN: 978-84-1175-946-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Nat Gray

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Ilustraciones de interior y portada: Cristina Campillo Martínez (@Corintia13x)

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

*A Marta, por apoyarme en el proceso y  
por ser una gran inspiración para este libro.*

*Para todos aquellos que sigan un sueño,  
nunca dejéis de luchar.*





México. Desde que llegué estaba más enamorada del país, si es que es posible. El país de mis sueños. Cuando mis amigas me dijeron que nos íbamos de viaje quince días por mi cumpleaños no me lo podía creer: el mejor regalo que podían hacerme nunca.

Me encantaba levantarme temprano e ir a pasear con mi cámara para hacer fotos al paisaje y la rutina en ese increíble país: los restaurantes, las plazas, la playa, el sol... Las personas de allí eran supercercanas, supercariñosas; te trataban como una más de ellos. ¿Y qué puedo decir de los mariachis? Me encantan, me enamoran. Creo que en la tarjeta de la cámara tengo como mil fotos de ellos. ¿Cómo algo tan simple podía traer tanta belleza al mundo?

Me encontraba de vuelta al hotel, admirando todo como el primer día, ya que las chicas estarían a punto de levantarse y quería desayunar con ellas. No sabían lo que les agradecía ese viaje.

—¡Katherine!

Sí, esa soy yo. Katherine. Tenía 26 años, y acababa de terminar la carrera de Psicología Criminal. Soy de Málaga, pero mi madre y yo nos mudamos a Madrid cuando era adolescente. Mi larga melena castaña y mis ojos color avellana eran mis rasgos más característicos. Mis amigas me describen como

una persona de gran corazón, muy fiel a las personas que quiero, un poco negativa —a veces—, y luchadora; y la verdad es que la vida me trató un poco mal, pero siempre he sabido levantarme y combatirlo todo; daría la vida por mis amigas y la gente que quiero.

—¿Dónde estabas? —me preguntó Olivia a distancia. O como le llamábamos sus amigas, Liv—. Te estábamos buscando.

—Lo siento —me disculpé—. Estaba por ahí, con la cámara.

—Pues vamos, estamos hambrientas —se quejó Liv.

—No, si ahora tendré yo la culpa de que durmáis mucho y yo tenga que buscarme qué hacer mientras —la miré y nos reímos a carcajadas—. Sois lo que no hay.

—Sabes que yo no duermo tanto —se excusó—. Pero no paramos y caigo muerta.

—Ya, ya...

Ambas nos cogimos del brazo y nos dirigimos al hotel mientras hablábamos de la noche anterior.

Llegamos al restaurante del hotel, y vi a las demás al fondo sentadas en una pequeña mesa redonda para cuatro que había en la terraza. Mientras caminaba hasta ellas, pensé en todo lo que habíamos pasado este año y lo que habíamos conseguido juntas. Son las personas más importantes de mi vida.

—¡Pero si está viva! —gritó Tessa—. Pensábamos que te habían secuestrado.

—No creo que el tipo la aguantara mucho tiempo —dijo mientras yo abrazaba a Tessa—. Una de sus charlitas de psicóloga y sale corriendo.

—Mira que sois malas —me reí saludando a Helena—. ¿Habéis pedido ya?

—No, acabamos de sentarnos —seguramente por estar durmiendo—, teníamos mucho sueño.

—Tanta fiesta... —todas nos reímos.

—Buenos días, señoritas. ¿Qué se les ofrece? —un camarero interrumpió nuestras tonterías—. ¿Saben ya lo que pedirán?

—Pues yo quiero un zumo de naranja, unas tortitas con chocolate y tráiganos una macedonia de fruta y algo de bollería —di tiempo para que el camarero cogiera todo lo que le había dicho—. Liv, ¿zumo? —ella asintió—. Tessa y Helena café, ¿no? —Ellas también asintieron—. Pues otro zumo más y dos cafés.

—Está bien —terminó de apuntar—. Entonces dos jugos, dos cafés, una macedonia, tortitas de chocolate y un poco de bollería.

—Correcto —sonreí.

—¿Algo más, señoritas? —preguntó mientras recogía las cartas.

—No, eso es todo —le tendí mi carta—. Muchas gracias.

—En seguida se lo traigo todo —hizo una especie de reverencia y se fue.

—Pero qué jodidamente buenos están aquí los muchachitos —dijo Tessa bajándose las gafas un poco para mirarle el trasero al camarero mientras se iba—. Madre mía.

—¡Tessa! —le gritamos todas a la vez

—¿Qué diría tu marido? —le reclamó Liv y todas nos reímos.

Y aquí estábamos, otra vez, las cuatro juntas. Tengo el álbum lleno de recuerdos que he vivido con estas tres locas, son inigualables. No las cambiaría por nada del mundo, son mi vida y mi apoyo. Liv es mi hermana mayor, Helena mi hermana pequeña —aunque por estatura la gente suele pensar que es al revés— y Tessa es mi segunda madre.

A Liv la conocí en la cola de un concierto. ¡Menudo día! Bueno, y noche. Imaginaros dos jóvenes «adultas» haciendo algo que solo harían niñas de 15 añitos; pues nosotras lo hicimos igualmente. Imaginad dormir en la calle en pleno invierno y porque no le dio por llover, si no lo hubiéramos tenido jodido, y todo por ver a nuestro grupo favorito. Es algo de lo que no me arrepentiré en la vida porque esa noche la conocí a ella y miranos ahora, inseparables.

A Helena y a Tessa las conocí gracias a las redes sociales y un concurso —a una antes que a otra, pero, en definitiva, el mismo medio—. La verdad es que congenié muy bien con ellas, siempre me hacían reír y fueron un gran apoyo, incluso han hecho más por mí que mi propia madre. Ellas me hicieron sentirme superbien desde el principio y la verdad es que hoy día no sé qué haría yo sin ellas.

—Tierra llamando a Kath —Liv me sacó de mis pensamientos—. ¿Dónde estabas?

—Nada, en ningún lado —me reí sentándome bien en la silla—. Solo divagaba.

—Aquí tienen —justo llegó el camarero para salvarme del interrogatorio que estaba segura que me iban a hacer—. Espero que esté todo a su gusto, señoritas.

—Sí, muchas gracias —dijo Liv.

—Cualquier cosa que necesiten me avisan —nosotras asentimos y le sonreímos, y él se lo tomó como señal de que ya debía retirarse.

Cogimos un plato cada una y nos servimos todo lo que nos apetecía. Sería la playa o el no parar, pero desde que habíamos llegado a México teníamos siempre muchísima hambre; además que todo estaba superbueno.

—¿Qué has hecho esta mañana? —me preguntó Helena mientras se metía un trozo de tortita en la boca—. Saliste supertemprano.

—Como todos los días —bebí un poco de zumo para que bajara el trozo de naranja que se me había quedado atascado en la garganta—. Dar una vuelta y sacar fotos. Están poniendo todo precioso para mañana por la noche.

—Ya estoy deseando que llegue mañana —Liv parecía realmente emocionada por vivir ese día—. Tiene que ser increíble.

—Eso me recuerda... —Tessa nos dejó esperando mientras tragaba y se limpiaba con la servilleta—, que he encontrado a una mujer que nos puede coger y nos maquillará como unas verdaderas Catrinas.

—¡Estupendo! —dijimos Liv y yo a la vez.

Nos miramos y nos reímos.

—¿Y qué vamos a hacer hoy chicas? —pregunté terminando el último trozo—. No digáis piscina que me pego un tiro —ellas rieron porque sabían que me había adelantado—. Podríamos ir a Chichen Itzá, Tulum o Cobá —todas se miraron y luego me miraron a mí—. Vamos, sabéis lo que me encanta todo lo que tenga que ver con los mayas —les puse mis pucheros que siempre funcionan con ellas.

—Está bien, iremos —yo di palmaditas y salté sentada en la silla de la felicidad—. Pero con una condición.

—A ver... —resoplé porque sabía que no iba a acabar bien para mí—, ¿qué condición?

—Que esta noche salgamos a bailar —me puso un dedo en la boca para que no hablara—. Si no, no hay trato.

—Está bien —todas celebraron—, pero yo me iré temprano, si no sí que voy a parecer una muerta viviente.

—Como quieras —todas rieron.

Terminamos de desayunar y nos fuimos al cuarto a coger una mochilita con algunas cosas. Vimos si había hueco para coger alguna de las actividades que yo había elegido y por suerte había hueco en todas ese día; así que lo más difícil que debíamos hacer ahora era elegir a cuál íbamos. Nos llevó como quince minutos elegir, pero al final nos decantamos por la más típica de todas: ruta por los distintos templos de Chichen Itzá y descanso en el cenote Sagrado —comida incluida en el *pack*.

Quedaba como media hora para que saliera el bus que nos llevaría de excursión, cuando se nos acercó el monitor que sería nuestro guía pidiéndonos educadamente que fuéramos al mostrador de recepción para explicarnos las normas. Yo, mientras él aclaraba las cosas que estaba completamente prohibido hacer durante los traslados y en la misma excursión, comprobé que llevaba todas las baterías y las tarjetas de memoria —por si acaso—, además de la correa de seguridad para la cámara ya

que iba a arriesgarme a llevarla sin funda porque si no pesaría una barbaridad.

Nos montamos en el autobús y yo estaba superemocionada. Había soñado con ese momento toda mi vida, y ahora estaba allí, viviéndolo y con nada menos que con mis chicas.

—¿Estás bien? —Creo que Liv me pilló sonriendo—. ¿Estás contenta?

—Sí, aún no me lo creo —Liv me agarró de la mano y me sonrió—. Esto es un sueño —miré hacia las demás—. De verdad, gracias, chicas, por este regalo.

—No tienes que darnos las gracias —dijo Tessa girándose en el asiento de delante—. Has pasado un mal año y queríamos regalarte esto porque te lo mereces.

—Sois las mejores, chicas —me miré las manos porque tenía ganas de llorar—. No podía tener mejores compañeras de viaje.

—No llores porque nos pondremos todas a llorar —dijo Helena; nos reímos y me sequé las lágrimas—. Es tiempo de disfrutar —me tendió un pañuelo—. ¡Vamos a ver piedras!

—¡Eh! —le gritamos y le dimos una pequeña colleja en la cabeza.

—¡Que es broma, tío! —dijo mientras se tocaba donde le habíamos dado.

Seguimos hablando y riéndonos. Estaban siendo las mejores vacaciones de mi vida.

Llegamos a nuestro destino y el autobús estacionó en el *parking*. Cuando estábamos todos reunidos, el monitor nos dijo que no nos separáramos y que si nos perdíamos nos veríamos justo donde nos encontrábamos en ese momento a las 18:30.

Nos dirigimos hasta la entrada, que consistía en un parador turístico. Había de todo: área comercial, restaurantes, ambulancias, cajeros automáticos, mercado de artesanías, librerías... Aquello parecía un centro comercial. Allí nos dejaron tiempo para ir al baño, si lo necesitábamos, porque estaríamos bastantes horas sin baño.

La primera parada fue «El Castillo». Quizás no fuera la pirámide más grande o la típica que sale en todas las películas, pero, para mí, era la más bonita y era una pena que no pudiéramos subir hasta arriba y contemplar las increíbles vistas que seguro que había por culpa de unos cuantos desgraciados en el pasado. El monitor, que, por cierto, se llamaba Samuel, nos explicó un poco de historia maya —yo escuchaba maravillada todo lo que contaba—, y luego nos dio tiempo para que ninguno nos fuéramos sin foto con la pirámide. Primero se pusieron una por una, seguidamente les hice una a las tres. Después se tiraron un ratito hasta hacerme una a mí sola que me gustara, y Samuel se ofreció a hacernos una a las cuatro juntas —la foto quedó preciosa.

La segunda parada de nuestro *tour* fue «El Tzompanti». La verdad es que esas ruinas representaban todo lo malo de la guerra y todas las muertes que habían ocurrido en aquella tierra sagrada. Sin embargo, no podía evitar ver la belleza en todo aquel paisaje. En ellas había calaveras dibujadas en referencia a esto mismo y se me cogía un pellizco al verlo. Nos dejó unos minutos para hacernos fotos y mirarlo todo, tras explicarnos la historia de aquello. Yo empecé a hacerle fotos al altar y una calavera en concreto me llamó la atención por algo que tenía y que no sabía qué era. Me acerqué y la toqué, quedándome pensativa por un momento.

—¿Kath? —Liv interrumpió mis pensamientos—. Hay que seguir.

—Sí, lo siento —sonreí—. Solo me quedé un poco en trance.

—¿Estás bien? —asentí, apagando la cámara—. ¿Segura?

—Sí —me giré hacia el grupo y los seguí—. Vamos, lentorrra, que te quedas atrás.

Lo siguiente que visitamos fue el «Gran Juego de la Pelota», desde donde podíamos divisar los tres templos que rodeaban el recinto. Cuando Samuel terminó de explicarnos todo sobre los tres templos y sobre el juego de la pelota, nos dio bastante

tiempo para recorrerlo todo y hacer fotos. Nos hicimos como pudimos entre nosotras, aunque fue imposible hacernos una las cuatro juntas porque no teníamos palo de *selfie* y coincidió que no había nadie a nuestro alrededor. Yo aproveché que nos acercamos al «Templo del Hombre Barbado» y le hice foto a la pared vertical del centro donde está representado el Hombre Barbado y, colándome sin que me vieran, busqué la representación de Kukulkán que tanto había leído en mis libros. Era como un sueño hecho realidad.

Salí de detrás del templo y vi que las chicas estaban nerviosas. Bajé corriendo para que nadie me viera y me puse al lado de ellas como si no me hubiera movido de allí en todo el tiempo. Disimulé haciendo otra foto.

—Chicas, esto es mágico —estaba superfeliz—. Si pudiera explorar todo esto sin que me regañaran sería genial.

—Siempre podríamos escaparnos por la noche y colarnos —dijo Tessa y todas nos reímos tras mirarnos unas a otras y ver que nos lo estábamos planteando.

—¿Necesitáis que os saque una foto? —alguien a mi espalda me asustó—. Perdón, no quería asustaros.

—Tranquilo, es que tengo el corazón pequeño —me reí y respiré para tranquilizarme. Él sonriendo me señaló la cámara—. Sí, gracias.

—Decid «Cheers» —y repetimos «Cheers»—. Ya está, creo que está bien —Se esperó a que cogiera la cámara y mirara la foto.

—Sí, está perfecta —apagué la cámara y me la colgué—. Muchas gracias.

—No se dan —dijo sonriendo—. Por cierto —asomó la cabeza por un lado mirando hacia Liv—, soy Chris.

El chico se fue alejando y, de vez en cuando, miraba para atrás. Nosotras le seguimos con la mirada hasta que estuvo lo bastante lejos, ya que no sabíamos realmente lo que acababa de pasar. ¿La foto era una excusa? ¿Y por qué Liv no dijo nada? Fue muy raro.

—¿Qué es lo que acaba de pasar? —me giré hacia las chicas—. Ese chico te ha hecho ojitos.

—Aquí la pregunta es... —añadió Helena—, ¿por qué no te has ido con ese macizo cañón?

—Pero si no le conozco —replicó Liv—. Además, dijimos viaje sin chicos.

—Bueno, pero algo así no pasa dos veces antes tus ojos —le regañó Tessa.

—Además, sí lo conoces —me miró extrañada—. Se llama Chris.

—Eso no es conocer a una persona —se rio Liv.

—Tiene nombre muy *hot* —le susurró Tessa al oído—. Chris —su tono sensual llamaba a la provocación.

—Chris —repetimos Helena y yo en el mismo tono.

—¡Callaos! —nos gritó Liv y empezamos a reír.

El monitor nos llamó desde lejos para avisarnos de que teníamos que seguir y, entre risas, fuimos hasta donde se encontraban los demás. Entonces, seguimos con el *tour* y fuimos al «Cenote Sagrado», a la «Plataforma de Venus»; y continuamos con el «Templo de los Guerreros» y las «Mil Columnas». Mientras caminábamos por una senda donde no daba ni un rayito de sol, nos encontramos con una casa tradicional maya y nos echamos fotos con ayuda de Samuel. Y, por fin, llegamos al Cenote Xlotoc, lo que significaba... ¡Merienda y Baño!

Mientras pasábamos el rato y nos bañábamos, nos cruzamos varias veces con Chris y todas nos reíamos cuando él no podía apartar los ojos de Liv. Estábamos a punto de pensar que era un acosador o algo porque apenas parpadeaba.

—¿No os da miedo? —preguntó Tessa mientras cogíamos las toallas—. Digo, está muy bueno, pero es demasiado descarado para Liv.

—No le quita los ojos de encima —dije y Liv parecía querer ignorarnos, como si el chico no estuviera allí—. Parece que no quisiera que desapareciera.

—No, y lo peor es que está en el mismo hotel —negó Helena—. Tampoco quiero que esté encima de nosotras fastidiando las vacaciones —todas empezamos a vestirnos—. Seguro que nada es capaz de hacerle voltear la cabeza para otro lado.

—Hagamos una prueba —giré a Liv hacia el chico—. Salúdale conmigo porfis —ambas le saludamos desde donde estábamos con la mano así como tontamente. Él enseguida giró la cara todo rojo—. Y ahí está, pillado.

Nos reíamos todo el camino cada vez que nos cruzábamos con él y él miraba con vergüenza, mientras continuábamos el recorrido por «Akab Dzid», el «Complejo de las Monjas», «El Caracol», y la «Casa Colorada». Fotos, fotos y más fotos. Ahí terminaba nuestro *tour*, así que nos dirigimos hacia el aparcamiento. Una vez allí, nos dieron tiempo para comprar lo que quisiéramos en las tiendas de artesanías e ir al baño. Me subí al autobús y observé todo con mucha atención: esa seguramente sería la última vez que vería todo aquello ya que si volvía alguna vez a México querría ir a las demás ruinas mayas y conocer otros lugares —y otros hoteles, para qué mentir.

Llegamos al hotel y nos fuimos a la habitación para ducharnos. Tocaba lo que menos me apetecía del día: fiesta. Pero lo había prometido así que había que cumplir la promesa. No sé cuánto tardamos, pero decidimos pedir el servicio de habitaciones y cenar allí en la pequeña terracita que teníamos. Cada una pidió lo que le apetecía de la carta y yo agradecí que el servicio de habitaciones estuviera incluido en nuestro *pack*. Intentamos aconsejarnos unas a otras sobre qué ponernos y, cuando ya lo teníamos decidido, lo dejamos sobre la cama; el servicio de habitaciones llegó a los cinco minutos.

—¡Ñam, Ñam! —dijo Tessa mientras el camarero dejaba todo sobre la mesa para volver a llevarse el carrito—. Tiene muy buena pinta.

—Bueno, también habla el hambre —Helena se acercó a levantar las tapaderas—, porque con un bocadillo en todo el día no sé cómo no nos hemos muerto.

—Muchas gracias —le di 200 pesos, que es el equivalente aproximadamente a 10 euros, porque casi siempre nos atendía él y tenía que aguantar algunas groserías por parte de cierta señorita—. No seáis exageradas —cerré la puerta y me reuní con ellas—. ¿Está todo?

—Sí —contestó Helena a la vez que se metía una patata en la boca.

—Espera un poco, ¿no? —me senté en mi silla, ya que las demás me estaban esperando—. ¡Qué impaciente!

—Es que tengo hambre, ¿vale? —Helena empezó a servirse de todo—. ¡Lo de hoy, para mí, ha sido como estar en ayunas!

—Eres una exagerada cuando quieres —me puse un poco de ensalada y pechuga de pollo a la plancha—. Con el pedazo de desayuno que nos hemos dado, si no comíamos no pasaba nada.

—Mi panza debe estar siempre llena —empezó a engullir como si no hubiera comido en un año.

—Más despacio —le sostuve la mano—, o no podrás bajar a celebrar nada.

—Déjala —dijo Tessa—, así me podré ligar a todos los tíos buenos de la fiesta.

—¡Oye! —se quejó Liv—. Tendrás que dejarme uno a mí, ¿no?

—Ya veremos —nos empezamos a reír todas.

Terminamos de cenar y recogimos las cosas, dejándolas lo más ordenadas posible en el carrito que había en el pasillo. Nos lavamos los dientes y empezamos a maquillarnos. Imaginaos: cuatro chicas, dos espejos. Eso iba a ser la guerra. Así que decidimos ir por turnos. Empezaron Tessa y Helena, aunque ellas acababan rápido a pesar de que Helena tenía una larga melena negra porque siempre se lo alisaba, y Tessa una melena muy cortita —ahora roja—, con un poco de secador estaban listas.

Cuando terminaron, se sentaron en la cama a esperar. Teníamos la costumbre de que, cuando salíamos juntas, hacíamos pases de modelos en orden de mayor a menor. Me metí

con Liv en el baño a maquillarme, y sabía que nosotras tardaríamos más. Ella tenía media melena castaña —cada vez que iba a la peluquería, volvía con su melena un poco más corta—, siempre se la alisaba y me dejaba hacerle algunos tirabuzones; yo, sin embargo, siempre que salía me rizaba el pelo y como lo tenía bastante largo tardaba muchísimo. Una vez maquilladas —yo muy sencilla—, salimos para empezar el pase de modelos.

Tessa llevaba un vestido corto blanco con un hombro al aire y en el otro comenzaba un volante que llegaba hasta la cintura; y unos tacones de minicuña negros para aguantar más el baile. Liv llevaba una falda beige larga con una abertura en el lateral izquierdo y un top del mismo color, además de unos zuecos color carne. Helena llevaba dos piezas, un *body* negro con la espalda totalmente al aire y una falda larga blanca plisada. Se había comprado unos tacones negros superaltos para estrenarlos esta noche. Yo llevaba un vestido largo negro con escote triangular de tirantes muy finos cruzado a la espalda, con aperturas en ambos lados hasta la parte superior del muslo; y unos supertaconazos dorados a juego con mi bolso.

Llegamos a la fiesta, cogidas por el brazo como las chicas de *Sexo en Nueva York*, todas divinas y divas. Nos dirigimos directamente a la barra a pedir nuestros cocteles o bebidas —yo, obviamente, un mojito.

—¡Dios! —Tessa estaba asombrada—. ¡Qué ambientazo!

—Pues sí —Liv observaba a su alrededor—. No pensaba que fuera a venir tanta gente.

—¡Por favor, esto es MÉXICO! —gritó Helena—. Aquí siempre hay fiesta.

—Qué equivocada estás —dije mientras bebía un sorbo de mojito—. Están de fiesta aquí, que es un hotel, pero allá fuera no es así.

—Aguafiestas —le saqué la lengua tras lo que consideré un insulto.

—Venga, chicas, vamos a bailar —pidió Liv—. Pero salvadme si veis a cierta persona.

—No te preocupes —le agarré de las manos en señal de apoyo—. Si aparece le decimos que no te interesa.

—Tampoco es eso —todas nos reímos—, no seáis perras.

—Hay que hacerse la dura —dijo Tessa bajito—. Venga, ¡a bailar!

Una vez acabadas las copas, nos metimos en el centro de la pista de baile y lo dimos todo. Yo nunca sudaba, pero esa noche hacía mucho calor y, entre eso y el bailoteo, no podía evitarlo. Entonces me percaté de que Chris miraba embobado hacia nosotras. Yo avisé a las chicas y miraron disimuladamente, pero seguimos bailando como si no le hubiéramos visto. ¡Que sufra! Tras horas bailando, nos dio sed y nos fuimos a por algo de tomar.

—Tía —llamé a Liv—, no se cansa.

—¿Quién? —miró para donde yo señalaba—. Pues se ve que no.

—Tendrías que acercarte —le aconsejó Helena—, yo voy a ir a por aquella pibonazo —todas la miramos—. Lo que pasa en México se queda en México, chicas.

—¡A por ella! —le gritamos.

—Está loca —soltó Tessa mientras se reía.

—Tendré que copiarla —Liv se bebió la mitad que le quedaba de la copa y respiró hondo—. Allá voy.

—¡Uuuh! —gritamos Tessa y yo cuando la vimos coquetear con Chris.

—Yo voy a irme —Tessa se terminó su copa y cogió sus cosas—. No puedo más.

—Vamos, no me dejes sola —le supliqué—. Que estoy aquí por vosotras.

—Tranquila, que en un rato seguro que vienen a hacer la ronda para que no desaparezcas —me sonrió—. No les digas nada a las chicas, por favor.

—Guardaré tu secreto —le juré—. Que descanses.

—Buenas noches —se despidió y se alejó.

—Un Larios Pink con 7up, por favor —le pedí a la camarera.

—En seguida —me sonrió y se fue a prepararlo.

—¿Vas a tomarte eso solita? —una voz desconocida me sorprendió por detrás—. Una jarra —le pidió a otro camarero—. Soy Thomas.

—Katherine —le estreché la mano que me había tendido.

—Bonito nombre —le sonreí cogiendo mi copa y bebiendo un sorbo—. Y ¿qué trae a una chica tan bonita como tú a un lugar tan maravilloso como este?

—Vacaciones —respondí.

—¿Con amigas? —asentí cuando formuló la pregunta—. ¿Lleváis mucho aquí?

—10 días, más o menos —bebí un sorbo. «¿Qué querrá?», pensé—. Ya nos quedan pocos días.

—Son bastantes —volví a asentir. Se hizo un silencio incómodo y traté de ser educada.

—¿Y tú? —le miré—. ¿Trabajo o placer?

—Placer, desde luego —nos reímos—. ¿Ya habéis ido a alguna excursión?

—Sí, a varias —me quedé pensando en todo lo que habíamos hecho y aún íbamos a hacer—. Pero mi favorita ha sido la de hoy, el *tour* de Chichen Itzá.

—¡Es una maravilla! Es... como mágico —se quedó embozado como si se hubiera teletransportado allí—. Lo siento, soy un friki de todo lo relacionado con los mayas.

—No te preocupes —le comprendía perfectamente—. Yo, igual.

—¿Qué casualidad! —ambos reímos—. ¿Has estado de noche?

—No, no he tenido esa suerte —suspiré.

—Bueno, otro año que vuelvas podrías hacer el *tour* de noche y ver las pirámides iluminadas —me miró y sonrió. Surgió otro silencio incómodo—. ¿Puedo hacerte una pregunta? —yo

asentí—. ¿Por qué estás tan triste si lo estás pasando tan bien y estás con tus amigas en este increíble lugar?

—Bueno.... —dudé.

—No tienes por qué responderme si no quieres —se disculpó.

—No, no importa —por impulso le agarré la mano. Nos miramos y la despegué en seguida—. La verdad es que me regalaron el viaje mis amigas porque lo necesitaba —él me miró como interesado—. Una mala ruptura y bueno, muchas cosas malas —él miró hacia abajo como arrepentido—, pero también vinimos a celebrar que terminé mi carrera de Psicología.

—¡Enhorabuena! —me felicitó.

—Gracias —me reí.

—Y... ¿qué pasó? —me preguntó sin poder mirarme a los ojos.

—La verdad... —yo suspiré tocándome donde antes tenía nuestro collar—. Las cosas iban a peor y a peor, nos peleábamos por cualquier tontería —le miré—. Yo he tenido que madurar muy rápido en mi vida y hay muchas cosas con las que no puedo vivir.

—¿Inmaduro? —asentí—. Debió de ser duro...

—Pues sí —bebí otro sorbo de mi copa—. Estaba muy enamorada de él, o eso creía yo, pero sentía como nos habíamos estancado y solo éramos tóxicos el uno para el otro —sonreí pidiendo otra copa—. ¿Sabes cuando por más que luchas ves que solo tiras tú de la relación? —él asintió—. Pues así me sentía.

—Entiendo que le dejaras —me agarró la mano apoyándose. El camarero me entregó la copa—. Ya sé lo que podemos hacer.

—¿A qué te refieres? —le pregunté confusa.

—Sé que no me conoces, pero... —se puso de pie—, ¿confías en mí? —yo dudé—. Vamos, ¡haz una locura esta noche! —suplicó.

—Está bien —contesté al cabo de un rato.